

Técnicas cualitativas, problematización de la realidad y mercado de saberes

Autor:

Menéndez, Eduardo L.

Revista:

Cuadernos de antropología social

2001, N°13, pp. 9-51



Artículo



Técnicas cualitativas, problematización de la realidad y mercado de saberes

Eduardo L. Menéndez*

Las técnicas de investigación de tipo cualitativo y en menor medida las aproximaciones metodológicas cualitativas tuvieron una notoria expansión a partir de fines de los 60' y especialmente desde los 70' sobre una serie de campos de investigación y de acción social, y en particular sobre toda una gama de problemáticas referidas al proceso salud/enfermedad/atención (de ahora en adelante proceso *s/e/a*).

La aplicación de las técnicas cualitativas, si bien favoreció la obtención de información y el impulso de determinadas actividades dentro del campo de la salud, ha tenido un decurso conflictivo expresado en ciertas orientaciones dadas a estas técnicas; estas orientaciones frecuentemente no sólo han modificado negativamente algunos de sus usos, sino que han conducido a una creciente incongruencia entre los marcos teóricos y metodológicos formulados expresa o tácitamente, y las formas en que dichas técnicas son utilizadas, tanto en términos de investigación como de intervención.

En este trabajo trataré de describir y analizar algunos de estos procesos de apropiación y resignificación de las técnicas cualitativas, que han sido impulsados especialmente por el desarrollo de un mercado de saberes que orienta constantemente las técnicas y aproximaciones en términos de costos/beneficios. Estos procesos operan inclusive a través de aquellas aproximaciones donde lo cualitativo es fundamentado en términos epistemológicos a tra-

*Eduardo L. Menéndez, doctor en Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires.
Director de Investigación del CIESAS, México.
Correo electrónico: menendez@laneta.apc.org

vés -por ejemplo- de propuestas fenomenológicas, pero que frecuentemente es trivializado en sus aplicaciones técnicas, señalando que de aquí en adelante cuando me refiero a las propuestas fenomenológicas, interpretativas o críticas, me refiero exclusivamente a las utilizadas para investigar y/o actuar sobre el campo de la *s/e/a*. Si bien estos procesos no son nuevos, la frecuente incongruencia que observamos entre los marcos teórico/metodológicos y las técnicas utilizadas, adquiere actualmente un carácter expansivo dadas las tendencias productivistas dominantes en el campo técnico/científico.

ALGUNOS PUNTOS DE PARTIDA

La Antropología Social se caracteriza por haber desarrollado y utilizado a través de casi toda su trayectoria aproximaciones y técnicas de tipo cualitativo, hasta casi identificarse con las mismas. Mientras que la Sociología, la Economía e inclusive la Historia desarrollaron central o parcialmente aproximaciones de tipo cuantitativo e inclusive estadístico, la Antropología Social no sólo se centró en lo cualitativo sino que excluyó lo estadístico hasta fechas relativamente recientes.¹

La aproximación cualitativa junto con el énfasis en lo holístico, en lo local, en lo simbólico, en el punto de vista del Otro constituye parte de los núcleos identificatorios de una disciplina que halla —o tal vez hallaba— en el denominado “trabajo de campo” su expresión más emblemática, en la medida que el trabajo de campo refería no sólo al uso de técnicas cualitativas, sino al uso personalizado de las mismas por parte del antropólogo. Es decir de un profesional que aplicaba lo cualitativo en términos personales a través de todos los pasos de su proyecto de investigación, desde el diseño del mismo hasta la descripción y análisis de los datos, pasando por la obtención de información directa en campo.

La aproximación cualitativa fue desarrollada por las diversas tendencias antropológicas respecto de múltiples campos de investigación, y en particular respecto del proceso *s/e/a*, generando un tipo de producción en cierta medida complementario de la investigación desarrollada por las denominadas Ciencias de la Salud, pero que en términos metodológicos aparece como antagónico o por lo menos diferenciado respecto de dicha producción: este

proceso de diferenciación ocurre especialmente respecto de la Epidemiología, identificada exclusivamente con las aproximaciones y técnicas de tipo estadístico.

Si bien durante la mayoría de sus respectivas trayectorias, la Antropología Social y la Epidemiología se ignoraron mutuamente, varios procesos iban a impulsar el paso a primer plano de las técnicas cualitativas en el estudio y acción del proceso *s/e/a* y a favorecer un mutuo reconocimiento, que no obstante no se tradujo sino escasamente en procesos de articulación y complementariedad entre ambas aproximaciones (Janes *et al*, 1986; Menéndez, 1998)

Toda una serie de procesos de diferente índole contribuyeron a este reconocimiento y uso de las técnicas cualitativas, que no puede ser referido exclusivamente a la eclosión generada por el SIDA como reiterada y abusivamente se señala, sino a toda una serie de fenómenos de diferente índole que potenciaron la casi necesidad de redescubrir y frecuentemente “descubrir” la existencia y utilidad de las técnicas cualitativas.

Uno de los principales factores que incidió en esta recuperación fue la modificación generada en el perfil epidemiológico de los países centrales y la medicalización de ciertos comportamientos en términos problemáticos y/o peligrosos, así como las dificultades crecientes para obtener información confiable y estratégica respecto de varios de esos problemas/padecimientos: en particular de las adicciones, homicidios, suicidios, sida así como de fenómenos de violencia intrafamiliar referidos especialmente al niño y a la mujer golpeada/os (Menéndez y Di Pardo, 1998; Romání, 1999).

El cambio en el perfil epidemiológico se expresa en el paso a primer plano de las enfermedades crónico/degenerativas, varias de las cuales al igual que los padecimientos enumerados previamente aparecen estrechamente vinculados a determinados estilos de vida (Armstrong, 1990; Conrad, 1990; Gerhardt, 1990). Estos y otros tipos de procesos referidos especialmente al Tercer Mundo, como los programas de planificación familiar redefinidos y ampliados ulteriormente en términos de “salud reproductiva”, iban a impulsar la necesidad de desarrollar una “epidemiología de los comportamientos” y/o una epidemiología de las representaciones, epidemiología hasta entonces casi inexistente, y que en parte comenzó a ser producida a través de la aplicación de técnicas cualitativas.

Estas nuevas orientaciones expresaban en los 70' no sólo la modificación en el perfil epidemiológico generado en los países centrales, así como determinadas prioridades de salud/enfermedad/atención observadas en el Tercer Mundo, y/o las limitaciones de las técnicas estadísticas para obtener determinado tipo de información, sino que también expresaban una crisis de eficacia del saber biomédico (Menéndez, 1978, 1982). Esta crisis se evidenciaba a través de varios indicadores, pero sobre todo de dos aspectos contrastantes, el continuo incremento en el costo de la enfermedad especialmente en los países de alto desarrollo capitalista y particularmente en los EEUU, y la desaceleración en el decremento de las tasas de mortalidad en los países del Tercer Mundo y especialmente en América Latina. Dicha crisis condujo a la formulación de varias propuestas, especialmente las denominadas políticas de Atención Primaria de la Salud que por una parte propondrían y a veces impulsarían la prevención, la promoción, la educación y la participación en salud, y por otra desarrollarían un tipo de atención centrado no sólo en el médico familiar sino, donde fuera posible y/o necesario, en el uso de recursos comunitarios incluidos los curadores populares así como la formación de promotores de salud comunitaria.

Estas propuestas, más allá de la discontinuidad con que fueron aplicadas (Menéndez, 1993) impulsaron con diferente énfasis el uso de técnicas cualitativas tanto en términos de investigación como de intervención, especialmente a nivel de la comunidad y de los grupos domésticos.

El desarrollo de las aproximaciones cualitativas es correlativo del reconocimiento del papel de sujetos y grupos sociales en casi todos los pasos del proceso *s/e/a*, de tal manera que el desarrollo de los grupos de autoayuda, el énfasis colocado en la creación o apoyo de redes sociales o grupos sostén, así como las estrategias tipo "copíng" es decir basadas en los recursos de todo tipo que un sujeto o microgrupo tienen para enfrentar sus problemas, dieron lugar a la visualización del papel de estas prácticas de vida, algunas de las cuales fueron ulteriormente convertidas en técnicas. En última instancia, la aproximación cualitativa, y sobre todo ciertas técnicas, supone una suerte de reproducción académica de las técnicas de vida cotidiana desarrolladas por los actores ulteriormente estudiados.

Estas tendencias aparecen estrechamente ligadas a la denominada investigación/acción o investigación/participativa que está basada casi exclusi-

vamente en el uso de técnicas cualitativas, así como al desarrollo de movimientos y/o grupos sociales organizados en torno a procesos de *s/e/a*, o para los cuales ciertos aspectos de dicho proceso tenían una significación y papel especiales. De tal manera que desde el movimiento feminista hasta el movimiento gay, pasando por los grupos de autoayuda constituidos en torno a muy diferentes padeceres se desarrollarán prácticas sociales que darán lugar a la utilización de aproximaciones y técnicas cualitativas. Dichas aproximaciones y técnicas para varios de estos grupos, especialmente para ciertas corrientes feministas o para los denominados grupos de base, no sólo constituían instrumentos para obtener o difundir información, sino que sobre todo operaron como uno de los principales mecanismos de concientización.

En consecuencia, y me interesa subrayarlo, una parte sustantiva de la recuperación e impulso dado a las técnicas cualitativas surge de los intereses, objetivos y prácticas de grupos de la sociedad civil, que incluirá el desarrollo de organizaciones no gubernamentales a partir de su trabajo con los problemas de grupos específicos. Este proceso dará lugar a una dinámica según la cual instituciones preocupadas por aspectos puntuales de la vida cotidiana de las mujeres o de las condiciones de atención de determinados padecimientos propiciarán la investigación y sobre todo la investigación/acción sobre ciertos campos, campos sobre los cuales se han ido constituyendo organizaciones no gubernamentales y que tendrán como común denominador el uso de técnicas cualitativas, en forma tal que por lo menos algunas de las instituciones que más financian determinados campos como el de la salud reproductiva, exigen o por lo menos inducen al uso casi exclusivo no sólo de técnicas cualitativas sino de determinadas técnicas.

Por supuesto que existen otras razones además de las enumeradas,² pero sintetizando podemos decir que las principales causas de la recuperación de las técnicas y en menor medida de las aproximaciones cualitativas en el caso del proceso *s/e/a* fueron: a) las limitaciones evidenciadas por las técnicas estadísticas para obtener información estratégica y confiable para describir, explicar y/o actuar sobre problemas graves y/o en incremento sobre todo en los países capitalistas centrales; b) la capacidad de las técnicas cualitativas para producir por lo menos parte de dicha información, análisis e implementación; c) la potencialidad de las técnicas cualitativas para ser utilizadas no sólo para la investigación, sino para la concientización, acción y participación grupal o

comunitaria; y d) la existencia de sectores sociales que impulsaron estas técnicas y aproximaciones en función de sus propios objetivos/necesidades y más allá de las definiciones, exclusiones o dubitaciones desarrolladas por el Sector Salud y por el mundo académico biomédico en particular.³

Es importante recordar que la recuperación de las técnicas cualitativas se dio en gran medida no sólo desde los propios grupos que tenían determinados padecimientos y de organizaciones construidas ad hoc, sino dentro de un campo donde el estudio e intervención sobre el proceso *s/e/a* estaba dominado por la biomedicina, y la salud colectiva era básicamente pensada a través de una Epidemiología centrada en lo estadístico. Y así mientras que la Sociología o la Psicología Social, aún en los momentos de mayor énfasis estadístico, desarrollaron siempre tendencias teóricas que utilizaban técnicas y aproximaciones cualitativas, la Epidemiología desde su constitución como disciplina científica excluyó lo cualitativo y se centró exclusivamente en lo estadístico por lo menos hasta la actualidad (Dunn y Janes, 1986; Gaines, 1992; Gerhardt, 1990; Menéndez, 1998; Nations, 1986; Trostle, 1986a y 1986b).

Lo que venimos desarrollando evidencia que el reconocimiento y uso de lo cualitativo se ha dado conflictivamente por lo menos en lo que refiere al proceso *s/e/a*, y especialmente dentro de las instituciones y saberes profesionales legitimados científica, legal y socialmente para trabajar con los padecimientos —es decir dentro del campo biomédico—, y desde esta perspectiva recuperamos positivamente el desarrollo de un proceso que ha posibilitado la creciente inclusión de lo cualitativo a partir de evidenciar sus aportes en el plano de la investigación y de la acción. Pero este reconocimiento no implica desconocer los usos teóricos, metodológicos y éticos cuestionables que están teniendo determinados trabajos cualitativos por lo menos referidos al proceso *s/e/a*.⁴

Ahora, si bien mi análisis se centrará en la producción cualitativa, debo subrayar que por lo menos una parte de los usos que analizaré se observan también en las técnicas de tipo estadístico, pero dado los objetivos —y mi propia formación profesional— me centraré en la producción cualitativa, aunque subrayando la presencia de problemas similares en ambas aproximaciones. Así por ejemplo la revisión de la producción, incluida la producción metodológica, en Ciencias Antropológicas y Sociales y en Epidemiología, posibilita observar en ambas aproximaciones dos sesgos constantes. El prime-

ro es la tendencia al maniqueísmo, es decir la tendencia a considerar explícita o implícitamente los objetivos, teorías, técnicas o niveles de análisis propios como los correctos, y a ignorar o negar los que se diferencian de los mismos. Esto lo observamos justamente en la división entre cualitativos y estadísticos, pero no tanto en lo que ahora decimos a nivel manifiesto, sino sobre todo en lo que hacemos. Es decir no sólo en la fundamentación teórica de las diferencias y similitudes, sino en las prácticas, ya que si bien es cada vez más común hablar de un acercamiento entre dichas aproximaciones según el cual existiría un reconocimiento mutuo de sus aportaciones así como continuas propuestas de complementariedad, sin embargo en la práctica la mayoría de los estadísticos solo usan técnicas estadísticas y los cualitativos exclusivamente cualitativas, y ello más allá de las características del problema investigado y de las invocaciones a la complementariedad y a las denominadas "triangulaciones".

Señalo expresamente, para evitar equívocos, que estoy de acuerdo con el uso complementario o como algunos dicen "triangulado" de técnicas, lo cual por otra parte vengo realizando desde principios de la década de los 70' (Menéndez e Izurieta, 1971), pero lo que estoy subrayando ahora es que en la práctica de la investigación esto no es lo dominante; por el contrario la articulación estadística/cualitativa es sumamente minoritaria, por lo menos en América Latina en el campo del proceso *s/e/a*. Considero por otra parte que, además de proponer la necesidad de articulación entre aproximaciones y técnicas, debería investigarse si la misma expresa una articulación en términos del problema investigado o lo que expresa es el dominio de una de ellas, que generalmente es la más acorde con los puntos de partida teórico/metodológico de los autores, con las habilidades artesanales y/o con las fuentes de financiamiento.

El segundo sesgo es en gran medida una ejemplificación del anterior, y refiere a la existencia de dos tendencias en el análisis de teorías y metodologías a las que denomino teoricista y empiricista. La primera se expresa a través de autores que sólo reflexionan teóricamente sobre la metodología y especialmente respecto de los aspectos teóricos de la misma, y que frecuentemente es realizada por autores que no han hecho investigación. Desde hace años autores que han tenido notoria influencia entre nosotros como Giddens o Habermas ejemplifican esta orientación.

La segunda tendencia se caracteriza por no darle importancia a la reflexión teórica sobre la metodología, y a reducirla a la producción y análisis de información, al trabajo de campo. Una gran parte de los antropólogos expresan esta tendencia que inclusive conduce a muchos a ver la teoría como una limitante de la propia investigación.

Respecto de estos dos sesgos propongo, primero, que el uso de teorías, técnicas, niveles de análisis, etc. sea pensado en términos de complementariedad y no de exclusión, pero a partir de aplicaciones concretas y no de apelaciones exclusivamente verbales. Y segundo, que el uso exclusivo o complementario de lo estadístico y de lo cualitativo debería ser definido por el problema a investigar y no por adhesiones o exclusiones a priori.

Es a partir de esta doble propuesta que voy a analizar algunas relaciones que observo entre el marco teórico y metodológico propuesto en la investigación y las formas en que son transitados algunos pasos del proceso de investigación, especialmente los referidos a como se obtiene o si se prefiere como se produce información. Y esto lo haré a partir de investigaciones que sobre procesos de *s/e/a* se están realizando en términos cualitativos en América Latina y especialmente en México.

La reflexión exclusivamente teórica sobre la investigación puede ser interesante, pero corre el peligro de no observar los aspectos más decisivos de la misma a partir de lo que realmente se produce. Y así yo puedo señalar la existencia de técnicas estadísticas sofisticadas que posibiliten análisis similares a los de tipo cualitativo o puedo recordar la existencia de técnicas cualitativas que incluyen criterios de validez, pero resulta que cuando analizo la producción generada por la Epidemiología y la Sociología de orientación estadística o por la Antropología Médica cualitativa observo que las mismas prácticamente nunca utilizan dichas técnicas o su uso es mínimo y marginal. Desde nuestra perspectiva el denominado "estado del arte" —en este caso metodológico— debe analizarse no sólo por sus posibilidades sino por lo que realmente se produce y como se produce, o mejor dicho por comparar las posibilidades metodológicas con la metodología realmente existente.

Nuestra propuesta no tiene nada que ver con la recuperación del empiricismo, o con la idea tan frecuente en Antropología de que la única verdad está en los hechos —es decir en el trabajo de campo— y secundarizar o negar el papel de la teoría, sino por el contrario lo que buscamos es la

articulación teoría/investigación y no seguir impulsando maníqueamente el teoricismo y el empiricismo.

Si subrayamos la necesidad de esta articulación es por la fuerte tendencia a analizar y/o discutir las teorías y metodologías sólo o básicamente a través de la producción teórica, es decir de aquella que expresamente teoriza y donde suele excluirse el análisis —no el comentario o la referencia marginal— de la metodología utilizada en las investigaciones, donde justamente podríamos observar el funcionamiento de las teorías que los autores aplican realmente, y sobre todo si la información analizada tiene algo que ver con las teorías propuestas como marco referencial. El cambio de perspectiva posibilitaría observar que toda una serie de investigadores que entre nosotros han apelado a la teoría del ritual de Turner, a las relaciones hegemonía/subalternidad de Gramsci, a la producción de sujetos a partir de las instituciones según Foucault o a la experiencia de enfermedad según Conrad no produjeron en la mayoría de los casos en sus investigaciones la información que posibilita articularla con dichas propuestas teórico/metodológicas. El cambio de perspectiva permite además comenzar a explicar la notable carencia de teoría en gran parte de la producción epidemiológica y antropológica referidas al proceso *s/ e/a*, pero no para evidenciar nuevamente su empiricismo, sino —como luego veremos— para poner de manifiesto la existencia de teorías —o por lo menos ideas— no explicitadas en las mismas así como el significado de dicha omisión (Menéndez, 1999).

Por otra parte el hecho de que el análisis de las teorías se concentre en la reflexión teórica sobre lo teórico más que en el análisis teórico, metodológico y técnico de las investigaciones, da lugar a una agudización de las diferencias entre las orientaciones teórico/metodológicas hasta convertir frecuentemente dichas diferencias en oposiciones ideológicas. Como expresión de esta tendencia voy a presentar un ejemplo que refiere no sólo a la situación latinoamericana sino sobre todo a la estadounidense, dado que estos problemas no son exclusivamente nuestros. En Antropología Médica hay actualmente varias corrientes importantes, pero hay dos escuelas —la Antropología Médica Crítica y la Antropología Médica Interpretativa/Clínica— que se caracterizan por su notable producción etnográfica, así como por su desarrollo teórico. Estas dos escuelas aparecen fuertemente antagonizadas en términos teóricos y metodológicos e incluso ideológicos, lo cual se expresa sobre todo a

través de la obra de algunos antropólogos en particular de M. Singer (AMC) (1981, 1988, 1990; Singer y Borrero, 1984; Singer *et al.*, 1984, 1992) y de A. Gaines (AMI) (1978, 1979, 1985, 1991, 1992) quienes se caracterizan además por su notable producción tanto en investigación como en reflexión teórico/metodológica.

Ahora bien, si nosotros leemos sus trabajos exclusivamente teóricos — que por otra parte son frecuentemente muy polémicos— llegamos a la conclusión de que existe una incompatibilidad casi total entre ambas tendencias, pero si leemos los trabajos de investigación de estas dos tendencias, incluidos los trabajos etnográficos de estos dos autores seguimos observando diferencias, pero también observamos notorias similitudes en términos de descripción y análisis, como por ejemplo el uso por ambos de la dimensión interpretativa, del trabajo frecuente con pequeños grupos así como del uso de técnicas de investigación similares, dado lo cual llegan por ejemplo a conclusiones similares sobre algunos aspectos sustantivos del proceso de alcoholización.

Estas escuelas han influenciado en América Latina a antropólogos y en menor medida a sociólogos sobre todo en países como Brasil y México, donde recurrentemente observamos que los usos de estas escuelas se dan casi exclusivamente a través de sus textos teóricos con escasas o ninguna referencia a sus investigaciones, contribuyendo a reproducir la polarización teórica en términos ideológicos.

Pensar y analizar lo metodológico exclusivamente en el nivel teórico conduce a polarizar los aspectos teóricos, convirtiéndolos conscientemente o no en polarizaciones ideológicas, dada, entre otras, la tendencia a utilizar el análisis teórico como un “cierre” de la realidad analizada o la escasa o directamente falta de articulación entre la información producida y la reflexión teórica sobre el problema a investigar. En consecuencia mi trabajo consistirá en describir y analizar algunos aspectos que he observado reiteradamente en las investigaciones cualitativas sobre procesos de *s/e/a* realizadas en América Latina y especialmente en México a partir de los objetivos propuestos previamente.

ESCISIÓN TEORÍA/INFORMACIÓN EN ALGUNAS INVESTIGACIONES INTERPRETATIVAS

La aproximación cualitativa es usada por algunas disciplinas y orientaciones exclusivamente como técnica que posibilita obtener cierto tipo de datos, que de otra manera sería difícil o directamente imposible de obtener. Esta posibilidad refiere no sólo a determinados aspectos decisivos de temas como drogadicción, violaciones sexuales, infanticidio o intentos de suicidio sino también a determinados aspectos tabuados, ocultados o negados de la realidad y que pueden referir a aspectos económicos, políticos o religiosos. Uno de los casos más relevantes es la corriente de trabajos realizada a través de la observación participante respecto de las denominadas instituciones totales o semitotales que posibilitaron a partir de finales de los 50' observar, describir y analizar todo un espectro de actividades que nunca habían sido detectadas y descritas por las investigaciones realizadas a través de aproximaciones estadísticas basadas en encuestas. Así este tipo de investigación en hospitales, hospicios, orfanatos, instituciones para discapacitados, cárceles, etc. posibilitó describir relaciones no sólo de dominación o de hegemonía/subalternidad en términos de reglas institucionales, sino de acciones de control físico que inclusive llegaban al castigo corporal, a las violaciones e inclusive a la muerte de los internados.

Pero lo cualitativo no sólo refiere a técnicas de recolección, sino que para determinadas tendencias teóricas refiere también a la concepción que éstas tienen de la realidad y de los sujetos sociales a los cuales una parte de dichas tendencias definen en términos de significado. Ahora bien, en toda una serie de investigaciones que parten de la realidad como significado, que consideran a la realidad como producida por los significados que se desarrollan a través de relaciones intersubjetivas, observamos ciertas formas de producir información que no termino de entender y/o que evidencian contradicciones o por lo menos incongruencias entre las propuestas teóricas y los usos de las técnicas cualitativas.

Uno de los casos que reiteradamente evidencia esta situación es el de los investigadores que estudian, a través de marcos teóricos interpretativos, diferentes tipos de problemas en grupos étnicos bilingües o inclusive monolingües, sin tener conocimiento de la lengua de dichos grupos o solo teniendo un manejo rudimentario de la misma.⁵ Si bien esta actitud metodológica no

es nueva, la misma se ha incrementado en los últimos años respecto de temas como la sexualidad, la enfermedad o la experiencia religiosa, no sólo en investigaciones antropológicas, sino en investigadores procedentes de otras disciplinas, y que estudian cualitativamente SIDA o salud reproductiva en grupos indígenas cuya lengua base no es el español y donde las mujeres son frecuentemente monolingües, o con un reducido manejo del español.

En la trayectoria de la Antropología y mucho antes de que pasaran a primer plano las tendencias interpretativas actuales, autores como Radin en los 20' o Lowie en los 30' —que también eran interpretativos— planteaban la incorrección de realizar investigación etnográfica sin tener un buen manejo de la lengua del grupo estudiado, y ello por varias razones teóricas y prácticas. Posición que sigue manteniendo en la actualidad una parte de la Antropología. Pero además, si bien los citados no eran autores que hablaban y/o reivindicaban el punto de vista del actor, tenían no obstante un profundo respeto por los grupos étnicos con los cuales trabajaban, lo cual se expresaba en sus propuestas respecto de uno de los principales núcleos de identidad de los mismos: su lenguaje, lo cual puede observarse por ejemplo en sus textos metodológicos o en el libro de Radin sobre el "hombre primitivo como filósofo" (Radin, 1960, 1965), donde la palabra de estos grupos, manejada especialmente por ciertos sujetos, evidencia el nivel de complejidad no sólo de su universo simbólico sino también de su afectividad.

Tempranamente éstos y otros autores sostuvieron que la falta de manejo de la lengua del Otro limitaba conseguir información estratégica y/o información tabuada/ocultada por la comunidad. Respecto del trabajo con informantes bilingües o con intérpretes reconocieron desde los peligros de la deformación y ocultamiento de información generados por los mismos, hasta recordar que en los sujetos bilingües la nueva lengua aprendida es generalmente instrumental, mientras que los procesos culturales propios y profundos, incluidos los no conscientes, se expresan a través de la lengua original.

Pero esta forma de trabajo pasa de ser limitativa a ser incongruente cuando es usada por las aproximaciones interpretativas, porque en el caso de éstas, el manejo del lenguaje no es solo cuestión de obtener buena información, sino que refiere a la concepción de la realidad basada en gran medida en el papel del lenguaje, según la cual el manejo del lenguaje del Otro es decisivo

para describir e interpretar la realidad del Otro y/o para construir el texto a partir del Otro.

Es “su” lenguaje lo que me permitiría describir los significados dados a la realidad por el Otro, lenguaje que debo en consecuencia manejar para poder obtener y comprender esos significados en la relación intersubjetiva que se establece entre el investigador y los sujetos de la comunidad. Trabajar con significados implica el desarrollo de una estrategia dialógica en todos los pasos de la investigación —como suelen enfatizar algunos interpretativistas— pero incluyendo el diálogo que se gesta en el trabajo de campo, dado que la relación investigador/actor supone un continuo proceso de interpretación y reinterpretación por supuesto que dentro de relaciones de hegemonía/subalternidad, donde el investigador generalmente fue el hegemónico, pero no siempre.

Si bien respecto del trabajo antropológico —y por supuesto no antropológico— surgen diversos tipos de problemas referidos por ejemplo a la confiabilidad de una información obtenida dentro de contextos de dominación, discriminación y/o estigmatización, y esto tanto a nivel microsociales como en el caso de las relaciones de dominación al interior del grupo familiar, como a nivel macrosociales dentro de situaciones de violencia racial, debemos también incluir las situaciones de desigualdad que son parte del status diferencial que existe entre el investigador y los sujetos y grupos de la comunidad con los cuales trabaja, constituyendo el no manejo de la lengua del Otro parte de dicho status/relación de desigualdad y diferencia. Por lo cual algunos autores, entre los que sobresale Clifford (1995), han propuesto que la falta del manejo del lenguaje del Otro por el antropólogo, expresa larvadamente o no, una situación de micropoder y/o subalternización hacia un Otro que es investigado sin el conocimiento de “su” lengua (ver también Hymes, 1974).

Pero sin desconocer la existencia de éste y otros procesos similares de subalternización técnica y profesional, dados los objetivos de este trabajo, lo central no radica en analizar la desigualdad y la diferencia textual y contextual, sino como las mismas son asumidas e incluidas por los que estudian la realidad en términos de significado, dado que ellos proponen que la realidad se construye a través de significados producidos/ejercidos en relaciones intersubjetivas, y que dichos significados se expresan básicamente a través de un lenguaje que en este caso no maneja o maneja rudimentariamente el inves-

tigador. Me interesa subrayar que esta asimetría lingüística y social, expresa las situaciones de desigualdad y diferencia dentro del propio trabajo de investigación o de investigación/acción como parte intrínseca del mismo. Lo que no parecen incluir muchos antropólogos activos en su marco de interpretación y de acción, es que el mero hecho de llegar a la comunidad —por lo menos a determinadas comunidades— en un auto, que a veces puede ser una camioneta, frecuentemente con aparatos de grabación, y cada vez más con aparatos de video o filmación, así como las condiciones de vida que se expresan a través de su ropa, consumo, características del cuerpo (manos que evidencian la falta de trabajo manual), etc., así como el uso de un leguaje diferencial, están de entrada expresando una desigualdad y diferencia que juega en las relaciones de trabajo con la población, y cuyos significados no suelen ser incluidos en la producción y análisis de los textos a interpretar.⁶

Es decir ¿cómo se articula la teoría de la cual se parte con la manera de producir la información, cuando observamos incongruencias o inclusive contradicción entre las mismas? Me parece que en la práctica —no en la teoría— la producción de información pasa a ser secundaria para muchos investigadores y que lo interpretativo pasa a jugarse sobre todo en el análisis del texto construido más allá de cómo se produjo la información, lo cual expresa la tradición hermeneútica de estas escuelas, que puede ser interesante y decisivo para el análisis literario pero no para el análisis socioantropológico.

Esta situación se complica cuando observamos los tiempos reales de trabajo de campo dedicados a este tipo de investigaciones, dada la tendencia a reducir la extensión y continuidad de dicho trabajo. Es decir en términos reales los tiempos son cada vez mas cortos y más escandidos, lo cual reducirá potencialmente la calidad y confiabilidad de la información, así como el carácter estratégico de la misma. Gran parte de las buenas etnografías ponen de manifiesto esta necesidad del trabajo intenso y extenso; para dar un ejemplo dentro del campo de la salud/ enfermedad/atención observamos que Trotter y Chavira (1981) tardaron un año y medio para obtener información sobre los diversos tipos de tratamiento del alcoholismo realizados por curanderos de comunidades del suroeste de los EEUU, aplicados especialmente a población de origen mexicano. La información sobre los tratamientos del alcoholismo se obtuvo en el propio contexto, lo que posibilitó comprender la racionalidad y prácticas de los curanderos, que de otra manera hubieran podido parecer

incompletas e inclusive absurdas. Según estos autores, pese a haber estado año y medio en trabajo de campo no lograron sin embargo describir todos los tratamientos específicos utilizados por los curadores populares de dicha área respecto de *un solo padecimiento*.

Sin negar la producción de etnografías extensas e intensas entre nosotros y con buen manejo del lenguaje del Otro por parte del investigador, ésta no es la tendencia dominante. Pero respecto de lo que estoy analizando algunos investigadores podrían señalar que se hace lo que se puede, y que si no manejo el lenguaje del Otro o lo manejo poco, la cuestión central refiere a si obtengo o no información. Yo no niego este tipo de respuestas pese a su inconsistencia metodológica y tal vez ética, pero me pregunto ¿por qué no elegir entonces grupos respecto de los cuales se tenga un manejo correcto del lenguaje del Otro? ¿Por qué insistir en obtener “relatos” del padecimiento o de la sanación, inclusive referidos a las condiciones religiosas locales a través de un material obtenido mediante intérpretes, dado el escaso o nulo conocimiento del lenguaje local? ¿Por qué no dedicarse a aprender realmente el lenguaje del Otro, dado que inclusive nos encontramos frecuentemente con casos de investigadores que luego de varios años de trabajar con los mismos grupos étnicos en México siguen sin manejar su lenguaje? ¿Cuál es la concepción que tienen estos investigadores respecto de la interpretación si saben de antemano que su información será en términos comparativos de escasa calidad y confiabilidad, dado su limitado manejo del lenguaje del Otro y su reducido trabajo de campo?

No niego, no obstante, que un antropólogo estudie un grupo del cual no maneje su lenguaje a partir de establecer cuales son los medios a través de los cuales suplirá esa limitación (uso de intérprete confiable; grabación de todas las entrevistas, para luego desgrabarlas y traducirlas con un especialista; papel dada a la observación sistemática, etc.), así como de proponer los problemas y procesos que pueden ser realmente estudiados desconociendo el lenguaje local. Es decir señalando expresamente el lugar dado al lenguaje en el proceso de investigación.

Desde esta perspectiva recuerdo que nuestro análisis lo referimos sobre todo a las investigaciones que no sólo parten de marcos interpretativos, sino a los investigadores que hablan de relaciones dialógicas, inclusive polifónicas, pero que no pueden “dialogar” en el trabajo de campo con los sujetos de

investigación por lo menos en términos de su propio lenguaje, de tal manera que el “diálogo” sólo se dará en el texto construido. De autores que parten de subrayar que la palabra de la comunidad estudiada constituye para los sujetos la “palabra verdadera”, que inclusive en el caso de varios investigadores denuncian críticamente que el personal de salud y especialmente los médicos que atienden a estas poblaciones desconozcan el lenguaje del grupo, lo cual paradójicamente ocurre también con el investigador que cuestiona esta situación, pero que estudia dichos grupos sin conocer la “palabra verdadera” pese a su énfasis en la significación de la misma.

Señalo, para evitar equívocos, que el manejo del lenguaje del Otro constituye un factor decisivo para el estudio de determinados problemas y sobre todo en función del marco teórico del cual se parte, pero que esto no significa concluir que dicho conocimiento del lenguaje genere en sí trabajos que describan e interpreten satisfactoriamente la realidad de una comunidad determinada. El manejo del lenguaje constituye un instrumento o una aproximación, cuyos resultados dependerán de cómo sea utilizado.

En función de varios de los aspectos que vengo señalando, uno de los que más me preocupan es la tendencia que observo hacia el continuo deslizamiento donde lo coyuntural —hago lo que puedo— se convierte en un hecho normalizado; es decir se va normalizando estudiar grupos sociales sin un manejo del lenguaje del Otro o sólo con un conocimiento rudimentario de su lenguaje. En mi experiencia como docente, casi exclusivamente de postgrado en los últimos veinticinco años, observo reiteradamente que cuando un alumno de Maestría o Doctorado de Antropología, a nivel personal o de seminario de investigación propone estudiar un grupo, y le pregunto si maneja la lengua de dicho grupo se produce un efecto de asombro y casi de desconocimiento del sentido de la pregunta, dada la aceptación normalizada dentro del proceso de formación profesional, de que no es necesario manejar el lenguaje del grupo que se va a estudiar. Esta situación es aun más acusada en personas formadas a través de otras disciplinas y que hacen posgrados en Antropología.

Esta normalización no sólo se da respecto del desconocimiento del lenguaje del Otro, sino de toda una serie de aspectos del proceso de investigación, expresado sobre todo en la secundarización o directamente inexistencia de criterios explicitados respecto de la confiabilidad y calidad de la información obtenida a través de técnicas cualitativas.

Considero que si la mayor parte de los antropólogos, por lo menos hasta los 80', han insistido en la realización de trabajos de campo comparativamente largos y continuos, no es por una especie de manía terrenal o territorial, sino por razones que tienen que ver con la calidad y confiabilidad de la información, así como con asegurar que la misma refiera a la mayor variedad de situaciones posibles para justamente captar la mayor variabilidad de significados.

Los últimos aspectos analizados refieren además, por lo menos en parte, a las tendencias que nos proponen que van a realizar etnografías densas en unos casos, en otros descripciones fenomenológicas y en algunos casos ambas cosas a la vez, lo cual no se observa frecuentemente en la información producida, ya que suelen ser en el mejor de los casos etnografías tradicionales. Uno de mis interrogantes se centra en detectar ¿en que reside lo fenomenológico y/o lo denso de dichas etnografías?, sobre todo cuando algunas de las mismas están hechas en un corto tiempo y a través de grupos focales o de encuestas.⁷

Y esto me lleva a otro punto importante; considero que si un investigador propone que va a generar etnografía densa, descripción fenomenológica, etnografía dialógica o etnografía tradicional ello es correcto, pero sería de gran utilidad que junto al enunciado de lo que propone describiera minuciosamente en que consiste el trabajo de campo y el trabajo de análisis o de interpretación, para así poder observar la relación entre las propuestas de densidad fenomenológica, las técnicas utilizadas y la información producida. Pero una de las costumbres antropológicas más acendradas —y por supuesto también en otras disciplinas— es no describir o describir muy esquemáticamente como se realiza la investigación. Más aun esta tendencia la observamos en prácticamente todas las escuelas, inclusive las que en los últimos años nos hablan de experiencia y de narración, y si bien sobre todo en los 70' y 80' algunos pocos antropólogos nos han narrado —a veces muy psicológicamente— sus experiencias etnográficas, lo dominante en ellos y en la disciplina en general es no describir como se hizo la investigación.

En los últimos años la tendencia a presentar un proyecto de investigación escasamente desarrollado y explicitado, ha sido reforzada por los formatos a través de los cuales diferentes instituciones, incluidas las de mayor apariencia científica, establecen las condiciones de cómo debe presentarse un proyecto de investigación para obtener financiamiento, el cual generalmente limita

explícita o tácitamente el desarrollo del proyecto en casi todos sus pasos y especialmente de los dedicados a los desarrollos teóricos y metodológicos. Más aun en algunos de dichos formatos el espacio dedicado a aspectos administrativos y financieros es comparativamente más amplio que el dedicado al diseño de la investigación.⁸

Dentro de esta tendencia hay actualmente algunos procesos que la impulsan en forma constante y sesgada, me refiero a la relación tiempo, productividad e ingresos del investigador y/o de su institución. Dedicarme a aprender el lenguaje del Otro y/o a realizar trabajos de campo de larga duración limitan la obtención de “puntos”, “estímulos”, “sobresueldos” o como se los quiera llamar, todos los años y a veces durante varios años, dado que la descripción y análisis etnográfico suele implicar tiempos comparativamente mucho más extensos que por ejemplo la descripción y análisis estadísticos de la realidad a partir de encuestas. Los ingresos de un investigador dependen cada vez más de su “productividad”, y es esta orientación hacia la productividad la que —por lo menos en parte— está definiendo en la práctica las formas de investigar más allá de las reflexiones metodológicas sobre la investigación. Y es esta orientación la que está afectando el desarrollo de las Ciencias en general, pero especialmente el de una disciplina que como la Antropología Social, organizó su quehacer en términos de un trabajo de campo y de análisis o interpretación de “larga duración”.

EL INTÉRPRETE DESNUDO

El segundo aspecto que analizaré refiere al papel de la problematización de la realidad y del uso o no uso de hipótesis en la investigación socioantropológica. Una parte de los investigadores que parten de un marco de referencia interpretativo y utilizan técnicas cualitativas, señalan expresamente que no estudian problemas, que no van a la realidad a partir de estudiarla problematizadamente. Lo que ellos describen e interpretan es la vida cotidiana de la gente o según algunos la experiencia de los actores, que puede ser una experiencia de enfermedad o una experiencia religiosa.

Debe aclararse que mientras algunos investigadores plantean que en ningún caso se dedican a estudiar problemas, otros reconocen que lo hacen

en la medida que los mismos surjan en el trabajo de campo, y además que emerjan como problema de los conjuntos sociales con los cuales trabajan.

Coherentemente con la no problematización de la realidad algunos investigadores señalan que ellos no proponen hipótesis al realizar sus investigaciones; y al respecto hay dos tendencias fuertes, una que es dominante en la investigación interpretativa y que desecha la utilización de hipótesis; y otra que propone que las hipótesis no se construyen a priori sino a partir de lo que se va procesando en el trabajo de campo.

Estas propuestas son legítimas y atendibles y están basadas en dos supuestos: no se puede formular hipótesis sobre lo que no se conoce nada o casi nada y la formulación de hipótesis tiende a sesgar la búsqueda de información, tiende a “cerrar” la realidad. Respecto de estas propuestas considero que la idea de que las hipótesis tienden a “cerrar” la realidad se maneja a través de considerar las hipótesis como si fueran las preguntas cerradas de una encuesta, así como —y es lo que más me interesa subrayar— a pensar las hipótesis como propuestas definitivas que deben mantenerse y probarse a como sea.

Nosotros consideramos que toda hipótesis debe ser siempre provisional, es decir manejada como una explicación provisoria de un problema, y en consecuencia como un instrumento modificable a partir del trabajo con la realidad. Pero frecuentemente las hipótesis se utilizan como tesis a evidenciar necesariamente o —hipotético deductivo de por medio— a descartar, y no como propuestas provisionales a observar. La tendencia a pensar en las hipótesis como propuestas a verificar casi necesariamente y no como una posibilidad que puede explicar/interpretar o no la problemática planteada, se correlaciona con una sociedad que coloca la competencia y el éxito “a como sea” en el centro del proceso social y de investigación.

Algunos autores proponen que el trabajo de campo de larga duración evita la producción de hipótesis iniciales, lo cual puede ocurrir en los términos que venimos desarrollando, pero este tipo de trabajo de larga duración no niega principistamente la utilización de hipótesis, sino que posibilita reformular las hipótesis —explicitadas o no— iniciales a través de la continua producción de nueva información y de análisis.

Lo señalado asume el riesgo de que las hipótesis “cierren” la “realidad”, dado que las mismas pueden tender a cosificarse, pero ello depende en gran medida de los dispositivos aplicados por el investigador para manejar las hi-

pótesis realmente en términos provisionales. Pero para nosotros el problema más grave radica en aquellos cualitativos que piensan que sólo se “cierra” la realidad cuando se formulan explícita y formalmente las hipótesis, autoexcluyéndose de ese riesgo metodológico, en el cual frecuentemente caen a partir de la no explicitación de sus propios supuestos. Pareciera que piensan que al no formular explícitamente hipótesis, estas no “existen”; olvidándose o desconociendo que no hace falta formular hipótesis para que éstas “existan” y cierren la realidad. Lo sepa o no el investigador, sus presupuestos no explicitados, las condiciones institucionales, las características de la carrera académica y profesional “cierran” —y por supuesto también “abren”— determinados aspectos de la realidad que se está investigando, es decir proponen determinadas hipótesis sobre dicha realidad.

Podríamos seguir fundamentando la importancia y necesidad de formular hipótesis explícitamente, pero lo que me interesa —en función de los objetivos propuestos— es observar la congruencia entre la negación a utilizar hipótesis y el marco teórico del cual se parte, y desde esta perspectiva considero que los que partiendo de una concepción interpretativa dicen que se acercan a la realidad sin problematizarla y sin hipótesis están contradiciendo su marco referencial que define a la realidad en términos de significado.

Si yo elijo investigar sexualidad, religión, pobreza o alcoholismo en determinadas comunidades, supongo que debe ser porque me interesan dichas temáticas y en dichas comunidades; debe ser porque las mismas algo me significan. Si además antes de ir a hacer el trabajo de campo he leído bibliografía sobre la comunidad y sobre el tema, he hecho cursos y seminarios específicos, y si además en algunos casos ésta es mi segunda o tercera investigación sobre esta problemática y a veces sobre la misma área e inclusive comunidad: cómo puedo llegar a afirmar que voy sin significados, sin problematización, sin presupuestos y sin hipótesis a investigar dicha realidad, cuando incluso tengo preconcepciones respecto del grupo que voy a estudiar.⁹ Pero, más allá de estas incongruencias o tal vez inconsecuencias, lo que me interesa subrayar es que pretender esta desnudez metodológica contradice los puntos de partida de las tendencias interpretativas según los cuales toda realidad es significativa para los actores, en este caso el investigador en su relación con el problema/tema y universo a investigar.

La pretensión de ir sin hipótesis a investigar la realidad constituye además una paradoja partiendo de concepciones interpretativas, pues al único a quien se le negaría la capacidad de producir significados es al investigador, inclusive al investigador interpretativo. Más aun una de las paradojas del empiricismo y de varias corrientes interpretativas es que proponen explícitamente o no un investigador de tipo activo, pero al cual se le niega su activismo casi exclusivamente en lo referente a problematizar e hipotetizar sobre la realidad con la cual trabaja. Y así se reconoce y avala el papel del sujeto activo en el trabajo de campo, en la observación, en la toma de notas, en las entrevistas, en la filmación pero excluyendo su tendencia a pensar y por supuesto sentir respecto de los grupos y problemas con los cuales trabaja.

La no formulación de hipótesis y la no problematización de la realidad lo que evitan es justamente explicitar los supuestos que existen en todo investigador respecto de una realidad que le es significativa, y cuya no formulación ha conducido a lo largo del tiempo a generar constantes profecías autocumplidas. Desde nuestra perspectiva todo investigador, en la medida que la realidad a estudiar tiene significados para él, no puede evitar generar hipótesis, más allá del nombre que le de y más acá de que las proponga explícitamente como tales.

De allí que nuestra propuesta no sólo es hacer explícitas las ideas provisionales —hipótesis— que tengo sobre el problema, realidad y grupo a estudiar;¹⁰ sino formular dichas ideas —hipótesis— en términos interpretativos/explicativos y no descriptivos, como forma de relacionarme provisionalmente con la realidad, así como utilizar la formulación de hipótesis como uno de los principales dispositivos de autocontrol epistemológico. Justamente la mayor, y a veces exclusiva, formulación de hipótesis descriptivas y la escasez o inexistencia de la propuesta de hipótesis explicativas o interpretativas limitan la posibilidad de evidenciar la presencia y significación de los presupuestos del investigador, dado que arriesgar una explicación o una interpretación provisoria sobre un problema, evidencia casi indefectiblemente algunos de los principales presupuestos del investigador.

Los antropólogos en particular no se han preocupado demasiado por observar los presupuestos con que van al trabajo de campo y realizan sus análisis, lo cual ha sido reforzado por el peso de algunas —no todas— tendencias interpretativas, y especialmente por las de origen fenomenológico

dado que la descripción fenomenológica posibilitaría poner entre paréntesis los supuestos del investigador, sin necesidad de explicitar por lo menos en el caso de los antropólogos como realizan esta operación, y posibilitando que un investigador luego de haber trabajado durante cerca de diez años en una comunidad, pretenda que la aproximación fenomenológica le permite ir sin presupuestos a estudiar ciertos problemas, que inclusive el mismo investigador —sobre todo cuando trabaja dentro de los lineamientos de la investigación participativa— contribuyó a constituir en los términos en que actualmente los manejan por lo menos algunos miembros de la comunidad.

Pero además, y esto lo considero central, una cuestión es proponer no establecer hipótesis sino luego de conocer parcialmente la realidad, luego de trabajar durante un tiempo en la comunidad así como reformularlas durante un lapso que puede implicar un año o más de trabajo de campo, y otra no establecer hipótesis iniciales y pretender que las va a encontrar en la realidad a través de un trabajo de campo de unas pocas semanas y/o frecuentemente en forma escandida. Nuevamente se hace evidente la incongruencia o si se prefiere “distancia” que se observa entre la propuesta metodológica y la investigación realmente realizada, lo cual no significa que un investigador no pueda realizar su trabajo de campo en cuatro o cinco semanas —o aun menos—, sino en la necesidad de articular su teoría de la práctica con su práctica real por lo menos en el plano investigativo, y en consecuencia asumir la necesidad de explicitar las hipótesis que en tan escaso tiempo va a ser difícil encontrar/reformular en el campo, sobre todo porque una parte de las hipótesis ya viene con él, y porque su tiempo de trabajo de campo no dura suficiente tiempo como para conmovérlas.¹¹

Considero que en algunos investigadores, especialmente una parte de los que proceden del campo biomédico y se han introducido en la aproximación cualitativa, se ha producido una suerte de fascinación al descubrir que pueden obtener relatos de padecimientos y describir la experiencia de los sufrimientos o al enterarse que pueden construir carreras del enfermo que articulan las prácticas de los sujetos, y en algunos casos aplicando técnicas de historia de vida; pero me parece que frecuentemente esta fascinación se juega en las dimensiones teóricas e ideológicas del descubrimiento de estas posibilidades más que en el desarrollo de un trabajo de campo extenso y continuo

que posibilite obtener información estratégica que de razón de ser al uso de relatos, carreras y biografías de padecimientos.

Lo que estamos señalando conduce a recuperar algunos interrogantes que están presentes tácitamente en nuestro análisis ¿Se puede realmente investigar una realidad que no nos genera algún nivel de problematización, algún tipo de interés? ¿Cuál es mi objetivo al describir los significados de la tuberculosis bronco/pulmonar o del hambre para los sujetos que la padecen y no describir solamente los agentes causales en términos “objetivos”? ¿Qué busco al plantear la muerte y la mortalidad en términos de significado para los sujetos a los cuales se les están muriendo sus hijos?

Estos y otros problemas pueden implicar y/o “comprometer” no sólo teórica sino afectiva, ideológica y/o socialmente al investigador, pero es sabido que toda una serie de investigaciones se hacen no porque el investigador esté interesado, conmovido y/o comprometido profundamente por el problema sino por una suerte de juego intelectual, y cada vez más frecuentemente porque existen financiamientos sobre esa temática, lo cual no cuestionamos sino que señalamos. Todo indica que sobre todo esta última tendencia va a ir en incremento, y la cuestión radica en discriminar si la problematización no sólo metodológica sino también experiencial, posibilita una mayor o menor capacidad para producir hipótesis, orientaciones teóricas e implementaciones técnicas que los acercamientos no problematizados, y si el dominio de esta nueva modalidad excluye —junto con el sujeto— la producción de hipótesis problematizadas.

Ya sabemos que para algunas tendencias hermenéuticas más o menos a la moda tipo Gadamer, siempre se conoce desde determinado horizonte y a partir de determinadas problemáticas. Pero más allá de que estemos o no de acuerdo con ésta posición, lo que quiero recordar es que esta concepción metodológica viene intermitentemente apareciendo/ desapareciendo por lo menos desde la década de los 20'. Y frente a ella debemos decidir nuestra posición a partir de reconocer que en todos los casos el investigador casi siempre genera hipótesis o si se prefiere ideas provisorias sobre la realidad más allá del nombre que le de y de que las incluya intencionalmente en su diseño del proyecto, en su trabajo de campo y en su análisis o interpretación.

Ahora bien, lo desarrollado hasta ahora refiere a la discusión metodológica sobre el uso o no uso de hipótesis y sobre la necesidad o no de

problematizar la realidad que se investiga, lo cual no es lo mismo que asumir que muchos de nosotros tenemos dificultades prácticas para producir hipótesis y para problematizar la realidad en forma intencional y reflexiva. Para la mayoría de nosotros es más fácil formular la realidad como tema que problematizarla, dado que producir hipótesis constituye frecuentemente uno de los pasos más dificultosos de un proyecto de investigación. Esta afirmación no contradice lo señalado previamente, sino que lo refuerza, dado que una de las principales dificultades de todo investigador es asumir/hacer emerger sus presupuestos, que como ya hemos señalado constituyen, por lo menos en parte, sus "verdaderas" hipótesis iniciales.

Desde nuestra perspectiva la realidad a investigar debe ser problematizada, y esto más aun a partir de las nuevas tendencias productivistas en ciencia y tecnología que impulsan la descripción y análisis de la realidad a través de criterios de mayor rapidez. Por lo tanto debemos formular interrogantes que posibiliten no sólo problematizar sino establecer cortes de la realidad lo menos arbitrario posibles; que incluso permitan aplicar una cierta perspectiva holística a los campos específicos, perspectiva que sigue siendo propuesta por la mayoría de los interpretativos. Esta problematización debe ser explicitada sobre todo si asumimos que la realidad (tema) será definida intencionalmente o no a partir de los objetivos/intereses de cada investigador y/o financiador. La problematización explicitada de la realidad no sólo es necesaria para definir la realidad que queremos/podemos investigar, sino como autocontrol epistemológico en el uso de teorías, conceptos o técnicas.

Es la problematización de la realidad en términos específicos lo que nos posibilita trabajar con la teoría a nivel de especificidad y no de generalidad; articular la teoría al problema específico, para así poder tal vez superar las dos tendencias dominantes en la actualidad en el uso de teorías en los proyectos de investigación cualitativos. Por una parte los que han decidido no trabajar con teorías, y por otra los que utilizan la teoría como marco referencial genérico. No es raro que en la actualidad estas dos orientaciones y especialmente la primera, se hayan reforzado a partir del impulso dado a los trabajos cualitativos de corto tiempo y aplicación rápida, como veremos más adelante.

Lo desarrollado hasta ahora se centró en lo cualitativo, pero podría ser también referido a la aproximación estadística, dado que más allá de sus dife-

rencias, ambas aproximaciones establecen pasos similares en sus actividades concretas de investigación. Aunque es obvio, necesitamos recordar que ambos enfoques se aplican al estudio de un tema o problema determinado, respecto del cual proponen objetivos, establecen algún tipo de marco referencial, aplican técnicas de obtención de información, así como de análisis o de interpretación.

Es en parte debido a estas similitudes que en ambas aproximaciones existen problemas similares, de los cuales uno de los más señalados pero menos trabajado metodológicamente es el de la existencia y papel que cumplen los presupuestos de muy diferente tipo en el proceso de investigación.

INVESTIGACIÓN CUALITATIVA COMO MERCADO DE SABERES

Respecto de los presupuestos, el primer punto a dilucidar es si consideramos que existen presupuestos de diferente tipo (institucionales, profesionales, académicos, religiosos, ideológicos, políticos, etc.) en el proceso de investigación; el segundo como intervienen y con que consecuencias; y el tercero, y más importante para mí dentro del análisis que estamos desarrollando ¿Qué hacemos con estos presupuestos, cómo los manejamos al realizar nuestras investigaciones?

Quiero subrayar que estos aspectos no son sólo problemas de sociología del conocimiento o de la ciencia, sino situaciones concretas que cada investigador debería plantearse y resolver y no sólo en términos de reflexión sobre la existencia o no de los presupuestos, sino respecto de la inclusión/exclusión intencional de los presupuestos en los diferentes pasos de su propia investigación, porque de hecho, intencionalmente o no, siempre el investigador incluirá/excluirá algún tipo de presupuesto.

Pero generalmente la reflexión y discusión metodológica y a veces ideológica, se centra en los dos primeros aspectos, mientras que el tercero —salvo excepciones— permanece en la vaguedad. Sin embargo si aceptamos la existencia y papel de los presupuestos en el proceso de investigación y especialmente en el caso de la investigación cualitativa, la cuestión a resolver es ¿qué hacemos en términos metodológicos y técnicos con dichos presupuestos para

que no permanezcan, como tantos problemas metodológicos, sólo en el campo reflexivo?

Desde mi perspectiva la cuestión no radica en negarlos o afirmarlos en sí, primero porque son parte de la manera en que todo investigador se acerca consciente o no conscientemente a un problema, y segundo porque de estar incidiendo necesita manejarlos reflexivamente tanto para incluirlos como para excluirlos, lo cual supone objetivarlos hasta lo posible. Para ello, y para no permanecer en la reflexión, todo investigador debería aplicar toda una serie de dispositivos de autocontrol metodológico de tipo estadístico y cualitativo que posibilitara objetivar y manejar por lo menos una parte de sus presupuestos. Pero esto no suele hacerse, lo cual me remite a nuestros puntos de partida, que refieren a la constante escisión que observamos entre el marco teórico/metodológico y los procesos de investigación concretos, así como la tendencia respecto de algunos aspectos cruciales de la investigación a negarlos o a discutirlos exclusivamente en el nivel teórico.

Consideramos que debieran aplicarse a nuestras investigaciones dispositivos artesanales que posibiliten, tanto a los que proponen la necesidad de generar una ruptura epistemológica con el sentido común como a los que por el contrario parten de la convalidación del sentido común, evidenciar el papel de sus supuestos ya sea para “controlarlos” o para convivir metodológicamente con ellos.¹²

Esta falta de autocontrol metodológico la observamos especialmente en la aplicación de algunas de las principales perspectivas a través de las cuales se han impulsado no sólo las técnicas sino la aproximación cualitativas, como es el caso del denominado Punto de Vista del Actor. En nuestro análisis de la misma (Menéndez, 1997a) hemos observado como ha sido utilizada en términos a-relacionales sobre todo por parte de los que asumen propuestas interpretativas cuando es una metodología que implica la relación con los otros; que se la utiliza a partir de considerar explícita o tácitamente que el actor siempre dice la (su) verdad o que su perspectiva es la correcta respecto de “su” realidad, pero frecuentemente sin observar ni describir que su punto de vista puede ocultar, negar o desconocer algunos de los procesos que generan consecuencias más negativas para “su” propia realidad. Uno de los aspectos más interesantes, sobre todo en los usos fenomenológicos de esta perspectiva, radica en la eliminación de toda reflexión y acción sobre los supuestos

que operan no sólo en el punto de vista del actor sino también del investigador.

Esta exclusión es coherente con una concepción teórica que pretende la homogeneidad de lo dado, que no incluye las diferencias y desigualdades que operan conjuntamente en la realidad, que no incluye los desgarramientos y fragmentaciones en términos de género, de edades o de clases donde operan los actores; que en fin tiende a excluir las relaciones diferenciales y/o opuestas que operan entre los sujetos y grupos debido a sus puntos de partida teórico/metodológicos a-relacionales. Todo lo cual se correlaciona con su tendencia a poner entre paréntesis los presupuestos, que como tempranamente señalara K. Mannheim no sólo no son eliminados sino que el tipo de "intuiciones" de la realidad formuladas por los diferentes autores evidencia que las mismas "...dependen siempre del pasado histórico del sujeto que intuye" (Mannheim, 1924; en Remmling, 1982: 246), es decir de sus presupuestos.

Subrayamos que lo que Mannheim planteó para los sociólogos fenomenológicos alemanes de los 20' y Bernstein (1983) para los de lengua inglesa de los 60' y 70', lo seguimos observando en gran parte de la producción latinoamericana actual sobre proceso *s/e/a* que se asume como interpretativa.

Pero no todos los presupuestos no están explicitados; justamente uno de los presupuestos frecuentemente explicitado, aunque parcialmente, es el que considera a las aproximaciones y técnicas cualitativas como más flexibles que las estadísticas; que las piensa como un tipo de investigación que puede modificarse mientras se realiza, que puede incluir durante el proceso de investigación y en cualquiera de sus pasos, problemas y reflexiones y por supuesto información no considerada ni pensada previamente. Lo cual es en gran medida correcto, aún cuando dicha potencialidad depende nuevamente de los tiempos reales dedicados al trabajo de campo y al análisis o interpretación.

Dicha noción de flexibilidad suele referir además a presupuestos según los cuales las aproximaciones y técnicas cualitativas son más sencillas y fáciles de aplicar y de aprender, y sobre todo que son menos rigurosas que las estadísticas, confundiendo flexibilidad con una especie de espontaneidad permanente, según la cual no se necesita utilizar criterios de selección ni fundamentar el tipo y número de informantes con los cuales trabajar, ni establecer crite-

rios de confiabilidad y calidad —que no de validez— de la información obtenida o a obtener, ni fundamentar las modificaciones generadas en la práctica de la investigación en nombre de lo cualitativo.

Estos presupuestos se han desarrollado y afirmado en los últimos tiempos a través de una suerte de potenciación entre los cualitativos de formación socioantropológica que se han dedicado a trabajar con determinadas agencias financiadoras y/o dentro del Sector Salud, y los profesionales que han asumido lo cualitativo desde la biomedicina y otras profesiones. Al respecto debe asumirse que desde la década de los 60¹ se ha reforzado un constante proceso de apropiación, resignificación y uso no sólo de las técnicas cualitativas sino también de conceptos socioantropológicos por parte de las Ciencias de la Salud y/o por profesionales formados en estas disciplinas (Menéndez, 1999), que ha conducido además a un proceso de resignificación y/o de adecuación de las mismas por una parte de los propios científicos sociales en función de objetivos técnico/científicos, pero también en función de un mercado de trabajo (saberes) centrado en el proceso *s/e/a*, que ha impulsado el uso de las técnicas cualitativas por agencias financiadoras, organizaciones no gubernamentales y en menor medida por el Sector Salud.¹³

Durante la década de los 80¹ la demanda del uso de técnicas cualitativas por instituciones dedicadas a trabajar con el proceso *s/e/a* condujo a algunos antropólogos a proponer el desarrollo de “técnicas rápidas” (RAP) de obtención de información y de análisis (Scrimshaw y Hurtado, 1988). Las principales razones fueron reducir el costo financiero y reducir el tiempo de investigación dado que las técnicas cualitativas suelen ser mucho más prolongadas en el tiempo dedicado tanto a recolección de información como de análisis de la misma y según algunas evaluaciones más costosas.¹⁴ Junto a esto hubo otras razones, siendo la principal la posibilidad del uso de estas técnicas por personal no preparado formalmente, es decir agentes comunitarios de la propia comunidad. Las técnicas rápidas tienen como antecedente inmediato las propuestas y discusiones desarrolladas durante la década de los 50¹ al interior de la Antropología en torno a la técnica del informante clave, de la cual son sólo una variante. Dichas técnicas, al igual que la del informante clave, pueden tener excelentes resultados utilizada dentro de objetivos puntuales y limitados como es establecer un diagnóstico provisional de la situación de salud respecto de determinados padecimientos infectocontagiosos, pero a lo

largo de su aplicación se las utilizó tratando de reemplazar el trabajo antropológico cualitativo intenso y extenso, simulando o estableciendo tácitamente ser su equivalente, o manejando la información obtenida como si fueran los datos decisivos y no información provisional a profundizar. Pero además en muchos contextos —como en el caso de algunas instituciones del Sector Salud— en lugar de ser aplicada por agentes comunitarios fue aplicada por investigadores profesionales perdiéndose el sentido de aprendizaje y trabajo comunitario. Sin negar otros usos, así fue utilizada en varios países de América Latina por algunos investigadores, subrayando que generalmente no informaban sobre las bases previas en las que sustentaron los informes sobre la aplicación inicial de estas técnicas rápidas; me refiero explícitamente al hecho de que la posibilidad de obtener información calificada y profunda en muy corto tiempo, se montaba sobre un conocimiento previo e intensivo de la comunidad y de los problemas a investigar, por el investigador que las estaba aplicando, así que la rapidez se basaba en gran medida en un saber previo (Menéndez, 1997b).

Pero más allá de estos usos determinados por un mercado que busca rapidez y abaratamiento de costos, lo que me interesa subrayar son las orientaciones dadas a las técnicas cualitativas por instituciones y autores que operan dentro de un sistema de oferta/demanda que conduce a reorientar frecuentemente, en un sentido opuesto al que fueron construidas, el papel de por lo menos algunas técnicas cualitativas.

Algo similar a lo ocurrido con las técnicas rápidas, lo observamos con la notoria penetración y expansión de la técnica denominada grupo focal, grupo de discusión u otra denominación similar;¹⁵ esta técnica se expandió por varias razones, algunas de tipo epistemológico que cuestionaban las formas dominantes de obtener información tanto a nivel cualitativo como estadístico por estar centradas en el individuo aislado y por desarrollarse en una situación social “simulada y artificial” como son las de entrevista o encuesta, ajenos a los tipos de encuentro dominantes en la vida cotidiana.

Pero no fue, como ya lo señalamos, sólo este tipo de causas las que impulsaron su difusión en el mundo académico y/o en el de la investigación participativa, sino varios aspectos que van desde su mayor adecuación para el tipo de objetivos impulsados por algunos movimientos sociales, hasta el reconocimiento y presión de ciertas instituciones sobre investigadores y sobre las

acciones de ONG para utilizarlas. Más aun, numerosas financiadoras determinaron que ésta fuera la única o por lo menos la más importante forma de trabajo con la comunidad o grupo.

Esto condujo a que esta técnica fuera empleada para toda una diversidad de problemas y más allá de que fuera la más adecuada, lo cual ha tenido consecuencias en el tipo de información obtenida y en la forma de impulsar acciones de participación. Pero además el uso de estas técnicas no ha sido acompañada de un aprendizaje de las mismas que provea habilidades de control sobre algunas de sus consecuencias en los sujetos que participan; me refiero a nociones aunque sean mínimas de dinámica de grupo y/o de manejo de situaciones críticas dado que las mismas suelen emerger conflictivamente en grupos focales contruidos respecto de problemas como violencia, sexualidad o adicciones.

Una de las consecuencias más cuestionables del uso de los grupos focales en términos de investigación refiere al tipo de información producida, ya que suele ser referida al grupo concebido como homogéneo, sin tomar en cuenta una dinámica de participación que puede conducir a que el producto del grupo sea realmente producto de los líderes y/o sujetos activos y no del conjunto del grupo. Un problema adjunto, pero muy frecuente, se crea a partir de la forma en que se construyen los grupos focales, ya que suelen incluir sujetos sensibilizados y orientados ideológicamente no sólo hacia las temáticas seleccionadas sino inclusive respecto de las orientaciones impulsadas por los investigadores/actores, orientaciones que no expresan necesariamente las concepciones dominantes en la sociedad global.

Otras situaciones que observamos, y que algunos consideran perversas en términos metodológicos, refieren a que las técnicas cualitativas son utilizadas—inclusive por los cualitativos— para obtener información que luego es convertida en variables para generar un análisis correlacional y no interpretativo, lo cual no negamos como posibilidad, sino que usado de esta manera limita generar interpretaciones holísticas, comprensivas y relacionales, reproduciendo gran parte de lo obtenido a través de aproximaciones estadísticas.

Congruentemente con esta tendencia es interesante observar que algunos autores que trabajan con marcos teóricos interpretativos inclusive procedentes del interaccionismo simbólico y de la fenomenología, suelen aplicar a

los datos obtenidos cualitativamente técnicas de análisis que tienden a la descomposición del material en unidades discretas en función del programa utilizado lo cual también limita la posibilidad de comprensión, además de otras consecuencias como la pérdida de contextualización de la información justamente en términos cualitativos. Si bien la aplicación de determinados programas favorecen la rapidez en la codificación y análisis de la información obtenida, los agregados y desagregados analíticos producidos a través de procedimientos que entran —por lo menos desde fuera del “actor”— en directa contradicción con sus propuestas teórico/metodológicas dan por resultado un material poco recuperable en términos de descripciones interpretativas.

Prácticamente casi todas las técnicas cualitativas están siendo modificadas con el objetivo de reducir tiempos y costos de aplicación, y así tenemos las propuestas de microhistorias de vida “estructurales” cuya extensión es de entre media página y dos páginas; o la aplicación del criterio de saturación para reducir el número de sujetos a entrevistar y de preguntas a aplicar a un mismo informante a través de una determinada manera de definir saturación que es insostenible e incongruente por lo menos desde las perspectivas críticas y fenomenológicas desarrolladas en Antropología Médica. Así como también tenemos adaptaciones generadas por el Sector Salud de las técnicas de entrevistas abiertas y de testimonios,¹⁶ expresando el conjunto de estas apropiaciones y resignificaciones las necesidades de los investigadores y de las instituciones de adecuarse a un mercado de saberes que orienta cada vez más sus investigaciones en términos de mayor rapidez y menores costos, de tal manera que estas modificaciones obedecen más que a reflexiones metodológicas sobre las técnicas de investigación, a las orientaciones productivistas del conocimiento actual.

Reitero que una parte creciente de estas modificaciones y orientaciones están siendo desarrolladas por los propios antropólogos en función del mercado de trabajo en el cual desempeñan sus actividades. Así el uso cada vez más frecuente, sobre todo en ciertas especialidades, de encuestas de tipo estadístico no sólo obedece a la necesidad metodológica de trabajar con muestras representativas y no únicamente con casos generalizables o sólo generalizables en términos tipológicos, sino que obedece también a que la obtención de la información estadística y su procesamiento son más rápidos y/o no compromete el tiempo personal e institucional del investigador con el trabajo de

campo sino en términos de supervisión. Es decir, el antropólogo puede producir más rápido, lo cual no es un hecho desdeñable en un medio donde la productividad se convierte en una de las principales medidas de los ingresos económicos personales e institucionales del investigador. En el manejo de éstas y de otras técnicas se están generando tendencias que colocan sus objetivos en la rapidez y/o simplificación más que en la calidad de la información y del análisis o interpretación.

Esta tendencia está también interviniendo en el proceso formativo de los antropólogos, dado que hasta hace unos quince años estaba casi establecido en México que el director de tesis de un alumno de grado o postgrado visitara el terreno para observar directamente como se iba desarrollando la investigación de campo. Esta tarea de supervisión del aprendizaje del trabajo cualitativo —y más allá de que la misma adquiriera características burocratizadas y rutinarias— se fue reduciendo hasta casi desaparecer en la mayoría de las instituciones por falta de recursos financieros para este tipo de actividades y/o por la jerarquización que el propio supervisor hace de sus tiempos productivos.

Lo que está ocurriendo con las técnicas cualitativas es una expresión de la influencia de los criterios de productividad sobre la manera de trabajar antropológico, de tal forma que estamos reduciendo los tiempos de trabajo de campo y de análisis, y estamos impulsando y modificando técnicas que justamente posibilitan reducir dichos tiempos. Las instituciones y los financiamientos impulsan funcionalmente criterios de productividad que simultáneamente actúan sobre la calidad de la investigación y sobre los ingresos de los investigadores.

Considero que el uso creciente dentro de nuestra disciplina de técnicas aparentemente tan opuestas como la encuesta estadística o el “paseo” antropológico/literario urbano de unos pocos días a la Baudelaire o a la Benjamín, tienen que ver con estas tendencias que suelen generar una interesante adecuación con las rapidezces y los financiamientos, aún cuando aparecen frecuentemente como incompatibles en términos epistemológicos.

La organización productivista y empresarial del conocimiento se ha dado inicialmente a través de las denominadas “ciencias duras” donde el rol de los financiamientos, la competitividad económica llevadas al plano de la investigación han conducido a reducir cada vez más algunas de las caracterís-

ticas consideradas intrínsecas y necesarias del proceso de investigación, me refiero no sólo a la libre circulación de las ideas sino a la voluntad de difundirlas y discutir las abierta y comparativamente. Según investigadores de la talla de King, la comunidad científica —y se refiere expresamente al campo de la ingeniería genética— institucionaliza cada vez más el secreto como parte del trabajo del investigador, dado que si un investigador da información a un colega sobre los resultados obtenidos, esta información puede ser vendida a empresas productivas o de servicios por dicho colega y no porque quien descubrió y comunicó la información.¹⁷

Pero esta situación se viene constituyendo desde fines del Siglo XIX y en forma cada vez más acelerada desde la década de 1940 (Nieburg, 1973; Rose y Rose, 1979, 1980), que es cuando comenzamos a observar esta situación también dentro de las ciencias sociales y antropológicas, y especialmente a través del papel de las empresas y agencias financiadoras en la orientación de las investigaciones a realizar. Esto se ha puesto reiteradamente en evidencia desde los 50' hasta la actualidad con resultados casi siempre parecidos a sí mismos (Menéndez, 1970). En los últimos años esta situación se observó sobre todo en algunos campos con mayor financiamiento como es el referido a la salud reproductiva, donde las agencias, como ya señalamos, indujeron el uso de determinadas orientaciones metodológicas en las investigaciones, incluida la investigación/acción.

Si bien esta tendencia —por lo menos en los estudios respecto del proceso *s/e/a*— ha sido criticada especialmente por investigadores norteamericanos, varios de los cuales señalan el desarrollo de un contexto de colonialismo científico en la imposición a los investigadores del tercer mundo de determinadas normas de investigación (Barrett, 1997; Herman y Bentley, 1992), dicha situación ha sido durante los 80' y 90' no sólo escasamente cuestionada sino mencionada por los investigadores latinoamericanos, por lo cual resulta interesante observar que durante el Segundo Taller sobre investigación de la sexualidad realizado en 1994 en Brasil se cuestionaron ciertas orientaciones dadas a las investigaciones por las agencias financiadoras y entre las cuales están el manejo de protocolos de investigación preestablecidos, el hecho de que las propuestas de investigación que no cumplen con los requisitos fijados sean rechazados, la imposición de metodologías cualitativas y especialmente

la técnica de grupos focales o la falta de financiamiento para hacer investigaciones desde perspectivas latinoamericanas (Herrera y Rojas, 1999: 19).

Esta (auto)limitada actitud actual contrasta con las tendencias críticas dominantes en la Antropología latinoamericana durante los 60' y parte de los 70' hacia éstos y otros aspectos, y que dio lugar no sólo a la interrupción de proyectos de investigación sino a su redefinición y reformulación. Pero en las últimas dos décadas no sólo se han reducido o casi desaparecido las críticas sino que sobre todo no observamos una reflexión y oposición real por parte de los propios investigadores, incluidos los que trabajan en investigación participativa, hacia dichas tendencias. Considero que por lo menos una parte de este proceso puede ser porque se ha ido desarrollando un modo profesional de utilizar la crítica, de tal manera que si bien el investigador puede criticar la realidad analizada en su investigación, no desarrolla críticas y menos prácticas críticas respecto de las condiciones institucionales y profesionales dentro de las cuales trabaja

Es decir que las agencias financiadoras y el mercado así como las políticas académicas crecientemente ligadas a los mismos, orientan por lo menos en parte no sólo la selección de la problemática a investigar sino también las técnicas de investigación a aplicar, por lo menos en la investigación de ciertos procesos de *s/e/a*. Esto no significa que explícitamente se restrinja la libertad de investigación o que se limite la posibilidad de investigar determinados problemas. Lo que supone es establecer orientaciones que tienen mayor destino financiero que otras, lo cual dadas las condiciones de saturación ocupacional de las instituciones académicas o las limitaciones financieras de las antropologías actuales, favorece la orientación de los investigadores hacia ciertos campos y hacia ciertas técnicas de investigación más que hacia otros.

Este efecto cobra mayor significación en los investigadores jóvenes dado que se orientan hacia los campos con mayores posibilidades laborales, sobre todo en términos de trabajo "free lance", dadas las cada vez menores posibilidades de inserción ocupacional estable. Estos procesos no operan en forma mecánica ni inmediata, sino que ejercerán influencia dentro de una mediana duración histórica y en función de las coyunturas dominantes a nivel de cada Antropología nacional o regional.

En consecuencia el cambio más significativo que se está dando en la investigación científica actual, es la tendencia a organizar la producción de

conocimiento como una empresa de producción y venta de servicios; de trabajar a partir de lo que le interesa al cliente, es decir de quien demanda, financia y/o apoya económicamente el estudio lo cual es fácilmente racionalizado por muchos antropólogos al relacionar dicha demanda con la metodología del "punto de vista del actor". Esta orientación está modificando la forma de pensar/hacer disciplinaria en particular de tipo metodológica, de tal manera que cada vez más los investigadores deberán desarrollar habilidades específicas y dedicar tiempos cada vez mayores para obtener financiamiento. Deben aprender a vender sus servicios en un mercado de saberes constituido por fundaciones, editoriales, universidades, agencias nacionales o internacionales y/o empresas de muy diferente tipo, estableciéndose un juego cada vez más frecuente —y también perverso— entre el campo académico y los compradores de servicios donde las habilidades negociadoras y los controles administrativos frecuentemente ajenos al propio investigador, pasan a tener un papel cada vez más decisivo. Es dentro de estos juegos, que las técnicas cualitativas han tenido un notorio desarrollo, en parte a través de modificaciones y adecuaciones que frecuentemente reducen su potencialidad descriptiva, interpretativa y aplicativa.

Si bien en el último apartado me concentré en los aspectos "productivistas" relacionados con el uso de las técnicas cualitativas, subrayo que tal como le hemos desarrollado a lo largo del texto, toda una serie de condiciones y procesos teóricos, académicos, institucionales e ideológicos se articulan con los de tipo "productivista" para incidir en los usos y desusos de las técnicas cualitativas.

En consecuencia la idea central de este trabajo fue reconocer justamente la potencialidad de las aproximaciones cualitativas y sus aportes para el estudio y acción respecto del proceso *s/e/a*, pero a partir de asumir que se están desarrollando determinadas orientaciones que no sólo reducen la potencialidad de las técnicas cualitativas, sino que impulsan usos conflictivos y contradictorios respecto de los fundamentos epistemológicos de dichas técnicas, directamente limitativos e inclusive negativos respecto de los problemas sobre los cuales trabaja.

NOTAS

¹ Dentro de la producción socioantropológica se han utilizado técnicas estadísticas, pero las mismas han sido secundarias y marginales.

² Entre los más importantes tenemos el desarrollo de la perspectiva del actor, así como la existencia de corrientes teóricas como el interaccionismo simbólico, la etnometodología, la fenomenología que han fundamentado la legitimidad de las aproximaciones cualitativas.

³ Para algunos autores las limitaciones de la aproximación estadística no fueron un factor relevante en el desarrollo y uso actual de las técnicas cualitativas, dado que la mayoría de los estadísticos que trabajaban el proceso *s/e/a* no asumieron sus auto-limitaciones, o las consideraron provisorias y no decisivas, y además no consideraron como una opción científica aceptable a las técnicas cualitativas.

⁴ Este reconocimiento se está dando actualmente dentro de varios de los campos y movimientos que más impulsaron el uso de las técnicas cualitativas "...como es el caso del feminismo y de los estudios de la mujer, ya que durante los 90' varios autores (De Vault, 1996; Miller, 1997; Patai y Koestge, 1994; Ridgeway y Smith-Lowin, 1999) señalan las generalizaciones incorrectas producidas sobre diversos aspectos a partir de los resultados obtenidos en trabajos realizados sobre pequeños grupos de mujeres, así como la creación de un falso dualismo cualitativo/cuantitativo" (Cardaci, 2001).

⁵ Es obvio que lo señalado no sólo refiere a los grupos étnicos amerindios, sino a todo grupo con el cual trabaje el investigador y cuya lengua sea diferente de la suya, así como también al manejo del lenguaje coloquial o técnico en la medida que el investigador trabaje con adolescentes, con grupos que hablan básicamente caló o con profesionales médicos. En todos los casos el investigador debe apropiarse del lenguaje del Otro, no sólo para "comunicarse" sino para obtener información estratégica y poder comprenderla.

⁶ Algunos antropólogos han reflexionado sobre esta situación de desigualdad puesta sobre todo de manifiesto en el trabajo de campo; E. Terray en un texto más o menos biográfico sobre su trayectoria como antropólogo, enumera varios procesos que refieren a un tipo de desigualdad entre el antropólogo y el

grupo estudiado que generalmente el investigador no incluye. Según Terray la investigación de campo "...que constituye el corazón del oficio antropológico se encuentra cada día más sometida a la influencia corrosiva del dinero. Este es un hecho del cual los etnólogos no gustan hablar, ya que si lo abordan temen alterar la imagen que han forjado públicamente acerca de sí mismos. Sin embargo, por lo menos en el caso del trabajo antropológico en Africa, resulta ya imposible eludirlo, ya que el antropólogo en su calidad de blanco, llegado de la ciudad con autorización o por orden del gobierno aparece como alguien rico, y lo es en comparación con las personas a quienes acosa con sus preguntas" y agrega que los sujetos estudiados por los antropólogos "...se muestran escépticos respecto de los beneficios que obtendrán del trabajo etnológico; conocen nuestros hábitos intelectuales y saben que el antropólogo utilizará su trabajo de campo como un trampolín para progresar en su carrera, por lo cual el informante ahora tiende a venderle su información" (1989: 35-36). El dinero como indicador de desigualdad interviene estableciendo diferencias en los diferentes momentos del trabajo de campo según la experiencia del propio Terray, y sin embargo no es incluido como parte de las relaciones de investigación y aun menos como factor que puede incidir en el significado de los datos.

⁷ El análisis de la producción socio-antropológica respecto del proceso *s/e/a* desarrollado en México y en otros contextos latinoamericanos, nos permite concluir que la etnografía densa es muy escasamente aplicada entre nosotros más allá de que se hable de ella en cursos y reuniones académicas. Esta constatación también ha sido establecida para la producción norteamericana.

⁸ Cuando me refiero a que no conocemos los procedimientos a través de los cuales se investiga, no me refiero sólo a los problemas que el investigador tuvo o a la experiencia con sus informantes sino también a cuestiones más sencillas como cuales fueron sus criterios de selección de informantes, cuantas veces entrevistó a cada informante y durante que cantidad de tiempo real o en que consistió realmente su observación participante y cuales fueron sus criterios de observación, etc., etc.

⁹ Los preconceptos respecto del grupo seleccionado ya sea un grupo de enfermos de SIDA, un grupo de personas en situación de extrema pobreza o un

grupo caracterizado por sus actitudes racistas remite a valoraciones de muy diferente tipo, incluidas las de tipo afectivo (Ver Devereux, 1977).

¹⁰ Debemos asumir que potencialmente un investigador no sólo tiene ideas provisionales sobre los problemas a investigar sino también sobre los grupos que investiga. Los investigadores pueden tener representaciones —y aun prácticas— negativas o positivas respecto de grupos étnicos, mujeres, homosexuales o grupos religiosos que están operando en su forma de definir el problema, obtener información y analizarla tal como lo ha evidenciado Devereux (1977). Si los científicos alemanes bajo el nazismo desarrollaron parte de sus investigaciones “in vivo” con gitanos, judíos y esclavos, y no con ingleses y franceses es porque tenían definiciones y representaciones colectivas y técnicas diferentes de dichos grupos humanos. Y no me estoy refiriendo a “investigadores” tipo Mengele sino a investigadores tipo Eppinger, posiblemente el máximo especialista en funciones hepáticas durante las décadas de los 30’ y 40’, quien generó gran parte de sus aportes científicos a través de investigaciones in vivo, que implicó la muerte de gran parte de sus sujetos de estudio

¹¹ Al señalar la importancia del tiempo en el trabajo de campo no estoy concluyendo que toda investigación debe ser de larga duración, ni pretendo hacer una apología principista del trabajo de campo, sino que trato de evidenciar la congruencia/incongruencia de pretender manejar ciertos pasos metodológicos (formulación de hipótesis, confiabilidad del dato, etc.) desligado de las características del trabajo de campo en términos de corta, mediana o larga duración.

¹² En nuestro trabajo docente y de investigación hemos venido desarrollando dispositivos artesanales que pueden contribuir a la objetivación y autocontrol de por lo menos una parte de los supuestos que operan en el proceso de investigación específica. Dichos dispositivos refieren a la aplicación de técnicas estadísticas de distanciamiento, a la revisión de teorías fuertemente contrastadas y su aplicación al problema específico, a la técnica de “pensar” en contra de nuestra orientación dominante, a la formulación de hipótesis interpretativas, etc., y sobre todo a la construcción de talleres “problematizadores” respecto de los aspectos centrales del problema a investigar.

¹³ Uno de los aspectos que más está incidiendo en la orientación negativa dada actualmente a las técnicas cualitativas, es un proceso de apropiación de las mismas exclusivamente en términos de técnicas, desprendidas de sus fundamentos epistemológicos y/o de su trayectoria profesional antropológica. Si bien este proceso se da sobre todo a través de profesionales que desde otros campos se apropian de las técnicas cualitativas, las actuales tendencias productivistas inducen a que este proceso también se de al interior de nuestra disciplina, y de lo cual son expresión el desarrollo de las RAP o la utilización indiscriminada y a-teórica de grupos focales.

¹⁴ Si bien no vamos a analizar esta afirmación, digamos que la investigación cualitativa no es necesariamente más costosa que la estadística.

¹⁵ Por supuesto que no es lo mismo el grupo focal de las agencias de mercadeo que el grupo de discusión tal como lo propone por ejemplo Ibañez (1979, 1985), pero la raíz es la misma, más allá de las derivaciones.

¹⁶ El Sector Salud mexicano utilizó durante los 80' y 90' diversas técnicas cualitativas, como las RAP y las entrevistas abiertas, y aplicadas especialmente a estudiar el uso de los servicios de salud; inclusive algunas técnicas cualitativas fueron aplicadas articuladas con instrumentos estadísticos. Pero es interesante observar la tendencia a utilizar el material cualitativo como material descriptivo con muy escaso análisis o interpretación; es decir como testimonios, testimonios que dada la rapidez con que fueron obtenidos generalmente tienden a cierta superficialidad etnográfica. La mayoría de estas aplicaciones fueron realizadas por investigadores de campo que nunca habían utilizado estas técnicas.

¹⁷ Según King en "...la última reunión de la Sociedad Norteamericana de Microbiología, un vicepresidente de la Exxon Corporation aconsejó a los científicos que registraran ante notario sus ponencias antes de acudir a la reunión y que no hablaran con nadie hasta llegar allí. La risa que provocó este relato oculta en realidad un asunto de grave preocupación" (citado en Chefar, 1984: 236).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Armstrong, D. 1990: "Use of genealogical method in the exploration of chronic illness: a research note", en *Social Science & Medicine*, 30(11), pp. 1225-28.
- Barret, B. 1997: "Identity, ideology and inequality: methodologies in medical anthropology, Guatemala 1950-1995", en *Social Science & Medicine*, 40(5), pp. 579-87.
- Bernstein, R. 1983: *La restructuración de la teoría social y política*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Cardaci, D. 2001: *Salud y género en programas de estudios de la mujer*. Ms., México.
- Chefar, J. 1984: *Introducción a la ingeniería genética*. Alianza Editorial, Madrid.
- Clifford, J. 1995: *Dilemas de la cultura*, Gedisa, Barcelona.
- Conrad, P. 1990: "Qualitative research on chronic illness: a commentary on method and conceptual development", en *Social Science & Medicine*, 30(11), pp. 1257-1263.
- Devereux, G. 1977: *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI, México.
- Dunn, F. y Janes, C. 1986: "Introduction: Medical Anthropology and Epidemiology", en Janes *et al*, 1986, pp. 3-34.
- Gaines, A. 1977: *Illness and interaction: a case of paranoia*. Kroeber Anthropological Society Papers. Berkeley, California, USA.
- 1979: "Definitions and diagnosis: cultural implications of psychiatric help-seeking and psychiatrists' definitions of the situation in psychiatric emergencies", en *Culture, Medicine and Psychiatry*, 3(4), pp. 381-418.
- 1985: "Alcohol: cultural conceptions and social behavior among urban blacks", en Bennett, L. y Ames, G. (Edits.): *The American experience with alcohol*, Plenum, New York.

- 1991: “Cultural constructivism: sickness histories and the understanding of Ethnomedicines beyond Critical Medical Anthropologies”, en Pfeleiderer, B. y Bibeau, G. (Edits.): *Anthropologies of Medicine*, Vieweg, Heidelberg, pp. 221-58.
- 1992a: “Ethnopsychiatry: the cultural construction of psychiatries”, en Gaines, A. (Edit.), 1992, pp. 3-49.
- (Edit.) 1992b: *Ethnopsychiatry. The cultural construction of professional and folk psychiatries*, State University of New York Press, Albany.
- Gerhardt, U. 1990: “Introductory essay. Qualitative research on chronic illness: the issue and the story”, en *Social Science & Medicine*, 30(11), pp. 1149-60.
- Herman, E. y Bentley, M. 1992: “Manuals for ethnographic data collection: experience and issues”, en *Social Science & Medicine*, 35(11), pp. 1369-78.
- Herrera, C. y Rojas, L. 1999: “Memorias del seminario de sexualidad y género (1993-1997)”, en *Reflexiones*, N° 9, El Colegio de México, México.
- Hymes, D. (Edit.) 1974: *Reinventing Anthropology*, Vintage Books, New York.
- Ibañez, J. 1977: *Mas allá de la sociología*, Siglo XXI, Madrid.
- 1985: *De! algoritmo al sujeto*, Siglo XXI, Madrid.
- Janes, C. et al (Edits.) 1986: *Anthropology and epidemiology. Interdisciplinary approaches to the study of health and disease*, D. Reidel Publis., Dordrecht.
- Mannhein, K. 1924: “La sociología del conocimiento desde el punto de vista de la fenomenología moderna: Max Scheler”, en Remmling (Comp.), 1982, pp. 245-81.
- Menéndez, E. L. 1970: “Ideología, ciencia y práctica profesional”, en A. Touraine et al: *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, pp. 101-24.
- 1978 “El modelo médico y la salud de los trabajadores”, en Basaglia, F. et al: *La salud de los trabajadores*. Nueva Imagen, México, pp. 11-53.

- 1982: *Hacia una práctica médica alternativa. Hegemonía y auto-atención (gestión) en salud*. Cuaderno 86 de la Casa Chata, México.
- 1993: "Autoatención y participación social: estrategias o instrumentos en las políticas de atención primaria", en Roersch, C. *et al* (Edits.): *Medicina tradicional 500 años después*. Instituto de Medicina Dominicana, Santo Domingo, pp. 61-104.
- 1997a: "El punto de vista del actor: homogeneidad, diferencia e historicidad", en *Relaciones*, N° 69, Zamora, Michoacan, pp. 238-69.
- 1997b: "Holísticos y especializados: los usos futuros de la Antropología Social", en *Nueva Antropología*, N° 52/53, pp. 9-37.
- 1998: "Estilos de vida, riesgos y construcción social. Conceptos similares y significados diferentes", en *Estudios Sociológicos*, XVI(46), pp. 37-67.
- y Di Pardo, R. 1998: "Violencias y alcohol. Las cotidianidades de las pequeñas muertes", en *Relaciones*, N° 74, Zamora, México, pp.:37-71.
- e Izurieta, C. (Dirs.) 1971: *Estudio sobre el nivel de vida de la población rural de Misiones*. Dirección General de Estadística y Censos, Posadas, 4 vols.
- Singer, M. 1981: "The social meaning of medicine in a sectarian community", en *Medical Anthropology*, 5, pp. 207-232.
- Nations, M. 1986: "Epidemiological research on infectious disease: quantitative rigor or rigormortis? Insights from ethnomedicine", en *Janes et al*, 1986, pp.97-124.
- Nieburg, H. L. 1973: *En nombre de la ciencia*. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Radin, P. 1927: *El hombre primitivo como filósofo*, 1960, EUDEBA, Buenos Aires.
- 1933: *The method and theory of Ethnology; an essay in criticism*, 1965, Basic Books, New York.
- Remmling, G. 1973: *Hacia la sociología del conocimiento*, 1982, Fondo de Cultura Económica, México.

- Romaní, O. 1999: *Las drogas. Sueños y razones*. Ariel, Barcelona.
- Rose, H. y Rose, S. 1979: *Economía política de la ciencia*. Nueva Imagen, México.
- 1980: *La radicalización de la ciencia*. Nueva Imagen, México.
- Scrimshaw, S. y Hurtado, E. 1988: *Procedimientos de asesoría rápida (RAP)*, Universidad de Naciones Unidas/UNICEF.
- Singer, M. 1981: "The social meaning of medicine in a sectarian community", en *Medical Anthropology*, N° 5, pp. 207-232.
- 1988: "The coming of age of Critical Medical Anthropology", en *Social Science & Medicine*, 28(11), pp. 1193-1203.
- 1990: "Reinventing Medical Anthropology: toward a critical realignment", en *Social Science & Medicine*, 30(2), pp. 179-87.
- y Borrero, M. 1984: "Indigenous treatment for alcoholism: the case of Puerto Rican Spiritism", en *Medical Anthropology Quart*, 8(4), pp. 246-59.
- Singer, M. et al 1984: "Hipoglycemia: a controversial illness in US society", en *Medical Anthropology*, 8, pp. 1-35.
- 1991: "Why does Juan García have drinking problems? The perspective of Critical Medical Anthropology", en *Medical Anthropology*, 14(1), pp. 77-108.
- Terray, Emanuel 1988: *Esa eterna fugitiva*, Gedisa, Buenos Aires.
- Trostle, J. 1986a: "Early work in Anthropology and Epidemiology: from social medicine in the germ theory, 1840-1920", en Janes et al, 1986, pp. 35-58.
- 1986b "Anthropology and Epidemiology in the twentieth century: a selective history of collaborative projects and theoretical affinities, 1920-1970", en Janes et al, 1986, pp. 59-95.